

2012

Líneas de fuga

Helena Arellano

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Arellano, Helena (April 2012) "Líneas de fuga," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 75, Article 35.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss75/35>

This Voces de Venezuela is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

HELENA ARELLANO

LÍNEAS DE FUGA

Venise est “un monde au sein d’un monde.”
Elle fait signe vers ce qui, en nous,
est inalterable et ne passe pas.
Philippe Sollers

Mis amigos arquitectos no deberían permitirme salir de viaje a dibujar sin haber aprobado: “Perspectiva 101.” Uno de ellos, ávido y distraído en manosear el cotilleo de la ciudad, es el último en enterarse que me he marchado. Pendiente de habladurías, la verdad lo elude. Otro, cada vez que le anuncio mi partida, medita largamente las frases de despedida, atesora las palabras, las acaricia, soba las letras y las resguarda—sin pronunciarlas—mientras les hace el amor. Duerme. Despierta. Silente, embelesado cual Julieta enamorada o algunas veces con tedio, como Romeo fastidiado. Aguarda—sin emitir sonido—mi retorno. El tercero, el único que se permite soñar, especular como Borges al espejo, me fantasea el dibujo de otro que a su vez yo he dibujado. Y, para cerrar el círculo de dos manos que se buscan, sentencia: “Los trazos que le hacen falta a tu vida, son los del vivir: sin grafito.” Resulta entonces, que sin fijar línea de horizonte ni puntos de fuga, las fachadas, confrontadas a mi mirada—persistente pero inexperta—se escurren, los puentes se caen, los escalones se tuercen, los espacios se estrechan. La realidad me evade. Sólo las piedras viejas, lavadas por el tiempo, me sonríen. Se ríen de mi pretensión de dibujante. Observo el agua correr. Inalterable. Nunca la misma. Guardo el lápiz. Y, ante el lente fotográfico, las ventanas acomodan altivas sus postigos de madera verde, enderezan sus balcones de mármol gastado y, orgullosas de su inagotable belleza, se plasman en un recuerdo. Mi andar por Venecia, extraviada, sin encontrarme.

Para una ciudad que tanto ha visto, una mujer perdida no es tan terrible. Dejo

exhalar un suspiro: ¡Si al menos estuviera cerca del desenfreno y la lujuria!, esa de la que tantas veces acusaron a este serenísimo lugar de *grand luxe et volupté*. Una escapada—sin amor secreto—ha venido a ser un arrojarme en el frío, recogerme bajo la bruma de la ceguera y un mecarme sobre aguas vacilantes. Un estar conmigo misma, lo bueno y lo malo, mi capacidad de maravillarme—una y otra vez—con estupor ante un tesoro flotante y permanecer atrapada en la melancolía de otro tiempo. Buscar otro mundo en el seno del mundo, como dice el epígrafe, de esta ciudad. “*Pax tibi, Marce, evangelista meus.*” Marce, Marcel, Marcello, Marcelo. ¿Quizás encontrar un turco disfrazado de veneciano? Uno que me evangelice, me dé paz, mostrándome con elaborado refinamiento y minucioso detalle cómo enriquece el intercambio fluido entre su sabio oriente y mi occidente perturbado. Por las noches contemplar juntos la luna. Verla bascular, tras veladuras, en un rítmico vaivén escondida sobre nuestras cabezas. En lo referente a la *Serenissima*, el primer puesto de sus atributos se lo disputan: su magia intrínseca junto a los clichés románticos que ella suscita. Perdóneseme a mi también, frases que a más de uno harán fruncir el ceño, cuando en realidad estoy sumergida en no saber a dónde voy. Me distraigo o me deleito con lo bello, intento marcar rumbo nuevo o conseguir donde amarrar mi barca. A los toreros apasionados de mis escritos sólo los puedo sustituir por gondoleros de buena voz. Busco un poste fuerte y erguido, de madera noble y aguantadora, capaz de surfear la inquietud de mis olas. Mientras, ¡cómo reconforta la belleza!, para no ahogarse en el mar. Abunda en este laberinto desconchado por el agua, añadido por el tiempo, a veces desbordado como mis sentimientos, en *acqua alta*. Tampoco a mi maraña arrugada por los años le falta coquetería. Elijo bien la bufanda, las medias caladas, las botas de cuero curtido, todo a tono con la sensualidad del lugar. Me perfumeo, antes de salir a caminar. Afuera huele a sal. “¡Sal a andar!” a propiciar el encuentro, escucho una voz de mando que atraviesa el océano y me alcanza cálida y amorosa. Vuela desde mi trópico exuberante, recubierto por un aliento pestilente, un olor a fetidez, a podredumbre visceral. Por ahora, en el valle no amanece. El “realismo mágico” disfraza de “involución bonita” el verdor pujante de su tierra. Lo baña una falsa “alegría para todos” como la escarcha de las máscaras a esta ciudad en los días de carnaval.

Llegué el último día de la semana de *Carnavale*. Buscaba la Venecia interior, no la del espectáculo. De pronto, en el siglo XVIII junto a un Casanova, quizás, me habría divertido tras un antifaz con algo más de erotismo y menos caricatura para atrapar a los turistas. Confieso haber tomado un par de fotografías—en blanco y negro—a fin de conservar una estampa de trajes que nunca antes había visto. Mi ánimo está ausente, muy alejado de las pilas de máscaras unas sobre otras asomadas en las tiendas. Me contenté con observar los restos de papelillo entre las ranuras de las piedras. Residuos de algarabía. Suficiente para mí. Quise recordar los días que compartí con mi sobrina hace un par de años y volví a hospedarme en la isla de la *Giudecca*. Por las mañanas sentía que amanecía sobre un barco. El ventanal, a ras del muelle, da franco al canal de agua *verdi azzurra*

con vista a la escuela de *Belli Arti* y la cúpula de *Santa María della Salute*, el *Campanile*, las cúpulas de *San Marco* hasta acabar—la *passeggiata*—con la mirada prendida del campanario de *San Giorgio Maggiore*. Tras éste, observaba la luz disipar la bruma matinal e ir alumbrando toda la línea de edificaciones frente a mí. ¡El sol dibuja mucho mejor que yo! Un amanecer, tan espesa era la neblina que apenas veía un metro y medio de agua más allá del muelle. Todo lucía de un blanco que provocaba tocar. Poco a poco, con gran lentitud, por entre la cortina de bruma, se asomaron siluetas grises hasta aparecer la ciudad—larga, sencilla y majestuosa—desplegada flotando a lo largo de la *Fondamenta degli Incurabeli* hasta la *Punta de la Dogana*. Más allá, atrás, San Marco, el *Palazzo Ducale* y toda la *Riva degli Schiavoni*. No dejo de asombrarme, de maravillarme. Todas las mañanas leí apostada a la ventana, bebiendo café. Hoy escribo. Las gaviotas picotean una bolsa plástica de basura. Le dan y le dan sin cesar. Encuentran puros residuos de papel. Se espantan cada vez que pasa alguien caminando por el muelle. Luego regresan y continúan picoteando. Pasó un hombre aleteando para espantarlas. Tiene razón, dejan un reguero por el muelle y a eso de las ocho y media pasa el señor que recoge la basura empujando su carreta. Barre lo desperdigado. Ya las gaviotas se han ido. Han pasado los niños camino al colegio, trotan unos haciendo ejercicio, se detiene la viejita para acomodarse el sombrero—lo ladea un tanto a la derecha, un tanto a la izquierda—, camina la mujer con su carrito de compras, el joven con los audífonos, el hombre con perro, el turista que apunta el lente hacia mí y hace un autorretrato. Algunos no le prestan atención, otros se miran de reojo en el cristal del ventanal. Es espejo. Yo, retirada, del otro lado, sonrío. ¿Habrá otro apostado silente observándome curioso tras una pantalla, una ventana? Me lo he preguntado muchas veces. Ahora que me veo oculta tras el cristal, pendiente y alejada del afuera, sé que lo hace: me lee. Es una posición cómoda pero a la vez es triste no establecer contacto con el otro. La vida está en el espacio compartido.

Las plazas, *i campi*, las calles tejen ciudad y propician sociedad. Se congrega la gente en las iglesias. Es domingo. Suenan, repican, suenan y siguen repicando las campanas. Son las diez: hora de misa. Estoy a dos pasos del *Redentore*. ¿Cómo no visitar la casa de Dios diseñada por un hombre que pudo escuchar “Su susurro”? En mi inseguridad juvenil, no estudié arquitectura por sentirme excluida del grupo de “los elegidos” para escuchar—ante el pliego—el murmullo divino. ¡Cuánto más grande e inmenso debe ser ese blanco que el de una hoja de papel tamaño carta! En realidad, el vacío carece de dimensiones. Es infinito como la eternidad. Sólo que los errores de los arquitectos se escriben en letras mayúsculas, imposibles de esconder. De doblar y meter en un cajón. De rasgar y tirar al basurero. Compensé mis miedos y deseos—ese aleteo que trae todo amor—rodeándome de “hacedores de espacios.” Muy pronto aprendí que la mayoría son como yo, no oyen murmuraciones divinas al oído, son sordos, algunos hasta ciegos y pocos saben compartir. Suelen estar muy centrados en sí mismos, diseñan gritando: “Admírenme, Alábenme”; en vez de concebir

buscando: “síntanme, vuelvan a mí.” (Parece que yo tampoco dejo de exaltar mi ombligo). Para aplaudir, con verdad: a Palladio. Es de los pocos que supo escuchar, crear y no dejar de asombrar—quinientos años más tarde—por su regia simpleza, como sobrias palabras, justas en el peso y proporción. “Palladio estaba penetrado de la vida de los antiguos, y sentía la pequeñez y estrechez de su tiempo, como un gran hombre, que no desea resignarse, sino, en lo posible, transformar aquello que queda según sus ideas,” escribió Goethe acerca del arquitecto y su *Redentore*. Iré a misa a pedir perdón por mi falta de humildad.

Hace tiempo que no asistía. Me hallo distanciada de los conserjes de la casa de Dios. Igual, las iglesias son mi puente familiar y conocido con la espiritualidad que sí no dejo de afirmar. En ellas están plantadas mis raíces, por eso me recogen y reconfortan. ¡En esta ciudad hay tantas y tan hermosas! Siempre enciendo una vela ante una virgen y con ella alumbro la fe. Hoy, escucho las lecturas del primer domingo de Cuaresma. “*Allora la donna vide che l’albero era buono da mangiare, gradevole agli occhi e desiderabile per acquistare saggezza; presse del suo frutto e ne mangiò, poi ne diede anche al marito, che era con lei, e anch’egli ne mangiò. Allora si aprirono gli occhi di tutti e due e conobbero di essere nudi; intrecciarono foglie di fico e se ne federo cinture.*” Apareció Eva la malévola, causante de todos los males. De la desnudez. Si Adán no hubiese estado con ella se habría librado del pecado. (Pienso que al menos el Adán tropical tiene a la mano una hoja de cambur más grande que una de higo para cubrirse). De nuevo, la culpa. El evangelio discurrió las tentaciones de Cristo según San Mateo. “Las tentaciones son ocasiones,” repitió el cura en la homilía, “para renovarse, para redimirse.” Lo escuché con atención, toda la necesaria para comprender el idioma. Pensé en las oportunidades en las que más que obedecer al *deber ser*, prevalece el miedo a *ser*. Me admito pecadora de pensamientos impuros, de palabra—mucha—y de omisión—también. Evado el peso de las frases que escucho observando el piso de la iglesia. Me distraigo con el damero típico en mármol blanco y rojo. En mi rebeldía, recuerdo las lágrimas que me han aflorado ante tantas vírgenes—pinturas o esculturas—en estos últimos días: la Virgen con Niño y ángeles músicos de Bellini en la *Basilica de Santa Maria Gloriosa dei Frari* o la de la *chiesa de San Zaccaria*. Cada vez que me he acercado a encender una vela ante la figura de mujer con velo, me ha asaltado la imagen de un hombre sin frac con flor en el ojal. Se me aguan los ojos, no sé por qué, ¿por la belleza de la imagen?, ¿porque temo no caminar ese pasillo?, ¿acaso no habrá hombre con flor en el ojal, esperándome?, ¿qué me pasa si he dicho que estoy peleada con los conserjes de la casa de Dios? Es que yo creo—mucho—en el rito. Deseo vivirlo con verdad y recogimiento. Y ese, el de caminar hasta un altar es el único que conozco. Siempre cabe inventarse uno nuevo. Pienso en J, educado por jesuitas, que hoy día—cada vez que está en aprietos—le reza con fervor al divino Marqués de Sade. Él decidió vivir el rito, después de siete años de matrimonio y dos hijos. No hubo convención social ni compromiso con la institución, llevó su verdad—ante Dios—prendida como

una flor de un ojal y a Donato de padrino. La misa está por acabar. Sin confesión ni arrepentimiento, no hubo comunión para mí. Rezo por los atormentados, los desesperados. Este domingo durante la misa, ninguno ha elevado una plegaria por tantos japoneses que sufren después de un devastador terremoto. En vez de hurgar en la culpa, ¿dónde queda el amor, el pensar en otro con amor? En medio de tanta contradicción, recibo, de la boca del mismo cura que cuestiono, la bendición de Dios. Me persigno. Es un signo, la manera que conozco de decir: *así sea*. Afirmar que sí deseo algo de luz. Tanto, que el miércoles anterior había ido a recordarme de polvo. Asistí a la imposición de cenizas en la iglesia de *San Giacomo dell'Orto*—por casualidad—junto a niños de siete u ocho años que iniciaban sus clases de catequismo. Me sentó muy bien la compañía del grupo y las palabras sencillas del sacerdote. Habló de las P: *plegaria*, como el abrir un espacio para escuchar la voz interior; *penitencia*, como la disposición, la entrega, una lágrima para hacer lodo con el polvo y ayudar a Dios a esculpirme; y *piedad*, la del *Kyrie Eleison*—ten piedad de mí Señor como yo me esforzaré por tenerla con los demás.

Si la ciudad llama a la virtud, también al vicio. Hasta existe una chocolatería con el nombre *Vizio Virtù*. Soy golosa, sobre todo, ansiosa. Opté por visitar lugares que no conocía: *Harry's Bar*, el *palazzo Grimani* recién restaurado y el *Palazzo dei Dogi*. Al primero fui una noche a tomar un aperitivo. Demasiado costoso y muchos turistas. Uno de mis amigos, arquitectos, soñaba con que encontrara un elegante—aunque arruinado—conde italiano. ¡Siento tanto decepcionarlo!, el único que conozco vive en el páramo merideño y está casado. Como no me aconteció un encuentro—casi incestuoso—a lo Ernest Hemingway para inspirar una novela como *Across the River and into the Trees*, ni me vine fugada como Donatien de Sade con su cuñada para luego escribir *Juliette ou les prospérités du vice*, me concentré en hacer turismo y en dibujar. Tuve suerte al pasar frente al palacio Ducal, no había fila para entrar. Los espacios asombran sucediéndose: las Cuatro Puertas, el *Anticollegio*, el *Collegio*, el Senado, el Consejo de Diez.... La elegante Sala de los Filósofos impacta. La sala del Gran Consejo se magnifica por el lienzo de Tintoretto, el *Paraiso* de 22 metros de largo. Más que en la grandiosidad de los espacios, recuerdo haberme detenido en las pinturas. Recorrí las celdas de la prisión con menos emoción, y el famoso puente por donde conducían a los condenados sigue en restauración. Dicen que se escuchan suspiros por recuperar la libertad, su vista al mar. Aprecié el trabajo de Lino Tagliapietra, un maestro de Murano. El *Istituto Veneto di Scienze, Lettere ed Arti* presentaba una compilación de su obra desde 1954-2011. Preferí las piezas más depuradas de los años cincuenta que las de los ochenta o noventa. Destaqué, en especial, un cáliz rojo (1954). Visité el *Palazzo Grimani* (1575) cerca del *campo di Santa Maria Formosa*. Mostraban tres minuciosas obras de Bosch, pero sobre todo, pude apreciar la restauración de los espacios del palacio. Me impresionó: el patio, la *sala de Psyche*, la calidad de los frescos, de los techos pintados; uno en particular es un bosque de árboles del viejo y

nuevo mundo. Encontré asomada una mazorca de maíz junto a un puñado de higos. Volví a pasear por lugares que recorrí con mi sobrina. Conservaba, de la *Scuola Dalmata delli Giorgio e Triffon*, el billete número 19950 y ahora tengo el 24179. Carpaccio no ha dejado de matar al dragón con la lanza de San Giorgio. Detalles triviales para mencionar de pasada—como quien no quiere la cosa—la ida a la biblioteca *Querini Stampalia* y sonreír ante el *uomo pipistrello* en su *BatGondola*. Siempre regreso a buscarlo, a él, más que a Carlo Scarpa.

Para adentrarme en el dibujo libre, acepté mi falta de perspectiva, mis proporciones desviadas y decidí afincarme en la nervadura de mis trazos producto de una mano temblorosa—de frío. Hay algo físico y pausado en dibujar. Requiere detenerse en la observación. Abstraerse del ruido alrededor. Entregarse. Dicen que sólo la práctica hace al arte, pero igual me gustaría ser guiada por un maestro. Leo en mis notas acerca de un artista sudafricano, William Kentridge: “*There was no epiphany. Rather a long and painful time of failure. Failure to paint, failure to be an actor. I was reduced to drawing. It was the only thing I could do. It took me a while, but I finally realized that I had a greater range of gestures and possibilities with drawing than with anything else, however modest drawing might be [...] it would mean that anything could become drawing—writing—is a type of drawing.*”

Si dejo escapar la forma y permitir que fluya el trazo, disfrutar del acto mismo y olvidar el resultado, obtendré un dibujo hermoso como el de un niño. Intenté despojarme durante estos días, sentada sobre un banco al sol en el campo *Santa Maria Nova* o en la barra de un café—resguardada del frío—. Busco que esas líneas sobre papel acumulen significado y hasta se hagan—en algún momento—palabra. Una tarde, después de una copa de *prosecco* y de realizar un pequeño esbozo en el *campo dei S.S. Giovanni e Paolo*, entré en la iglesia. Había un concierto. Dos sopranos de excelsas voces cantaban acompañadas por un organista bajo una acústica inmejorable. Fueron avanzando—alternándose—las Ave Marías, la de Mascagni, la de Tosti, y con ellas fue *in crescendo* mi emotividad. No tuve que llegar a la de Shubert porque ya la de Gounod—la que cantó mi ahijada en los matrimonios de mis hermanas—me hizo irrumpir en un llanto silente. Estos días, recogida, caminé y me detuve a observar. Me hice invisible entre los turistas de San Marco y de Rialto. Me petrifiqué maravillada navegando sobre el Gran Canal y me pareció absurdo fotografiar. Vi—con regocijo—aquietarse las aguas un día de huelga de *vaporetti*. Aguardé paciente al escuchar el hervor del café, el sonido del vapor caliente escaparse de la greca, todas las mañanas. Deseosa sentí el aire frío soplar sobre mi cara al caminar. Me puse un ganchito en el pelo y me compré otro *cappello rosso* para esconder la cicatriz de mis fantasías que se asomaba en mi cabeza con las ráfagas de viento. Escuché en la arquitectura música silenciosa. Erré en los espacios flotantes. Retorné a iglesias que me gustan como la *chiesa Santa Maria dei Miracoli* y la *San Sebastiano*. Visité otras por primera vez como la *dei Carmini* y la *Santa Maria del Giglio*. Observé—presa de un extraño encantamiento—los pozos regados por la ciudad,

en especial el del *Palazzo Franchetti*. Sonreí ante la barca de DHL navegando a velocidad sostenida y una manada de palomas volando, sacándole metros de ventaja. Fotografíé las algas sinuosas a ras de la superficie del agua, adosadas a los escalones llenos de caracoles. Decliné el color naranja, vistiendo un suéter —de hombre—prestado, comiendo—a juego—un plato de *fusilli con zucca e scampi* acompañado por un *spritz con Aperol* del mismo tono. Hubo silencio. Aún no sé qué vine a hacer y no importa. Ya me marchó. Sin respuesta. La ciudad amaneció cubierta de neblina sin perspectivas de disiparse. La bruma blanca arropa los tesoros *barcollanti dei secoli*. Las gaviotas han vuelto a picotear las bolsas de basura. Han dejado un reguero en el muelle. Desde temprano los *vaporetti* navegan; sin embargo, aún no llega el señor a barrer. Llevo algunos bocetos y un nuevo sacapuntas para la *matita*—el lápiz—que pienso plantar. Como pronto inicia la primavera, espero que asomen numerosas hojas nuevas. Por algo esta ciudad lleva el nombre de *Venetia*, como diciendo: *Veni etiam*, vuelve otra vez. Volveré acompañada de un hombre que me enseñe a detallar las piedras, a ver más allá de lo evidente, a descifrar los reflejos en el Agua. De preferencia, arquitecto que me ayude a establecer la línea de horizonte, los puntos de fuga, las proporciones. Uno capaz de comprender que las trazas que dejan los desvíos, los errores, los borrones, refieren el paso del tiempo y la memoria. *Watermarks* habría acotado Brodsky. Marcas de Agua. Huellas. En el pensamiento y la hechura del dibujo—como en el amor y la vida—el proceso no es lineal; más bien, se trata de una serie de aproximaciones, movimientos laterales y retrocesos. Levantar la mirada. Retirarse. Avanzar.